



H. P. Lovecraft
El Viejo Bugs

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL VIEJO BUGS

H. P. LOVECRAFT

**PUBLICADO: 1959
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL VIEJO BUGS

UNA HISTORIA EXTEMPORÁNEA DE MARCUS LOLLIUS, PROCÓNSUL DE LA GALIA

Sheehan's Pool Room, que adorna una de las callejuelas del corazón del distrito de los corrales de Chicago, no es un lugar agradable. Su aire, cargado de mil olores como los que Coleridge pudo haber encontrado en Colonia, rara vez conoce los purificadores rayos del sol, sino que lucha por el espacio con los acre vapores de innumerables puros y cigarrillos baratos que cuelgan de los toscos labios de innumerables animales humanos que rondan el lugar día y noche. Pero la popularidad de Sheehan's sigue intacta, y hay una razón para ello, una razón obvia para cualquiera que se tome la molestia de analizar la mezcla de olores que reina allí. Por encima de los humos y de la asquerosa cercanía se eleva un aroma antaño familiar en todo el país, pero ahora felizmente desterrado a las callejuelas de la vida por el edicto de un gobierno benévolo: el aroma del whisky fuerte y perverso, una preciosa clase de fruta prohibida en este año de gracia de 1950.

Sheehan's es el centro reconocido del tráfico subterráneo de licores y estupefacientes de Chicago, y como tal tiene una cierta dignidad que se extiende incluso a los desaliñados empleados del lugar; pero hasta hace poco había uno que estaba fuera de esa dignidad, uno que compartía la miseria y la suciedad, pero no la importancia, de Sheehan's. Le llamaban "Old Bugs" (el viejo Bugs). Le llamaban "Old Bugs", y era el objeto más despreciable de un entorno despreciable. Muchos trataron de adivinar lo que había sido, pues su lenguaje y su forma de hablar, cuando se embriagaba hasta cierto punto, eran tales que provocaban asombro; pero lo que era presentaba menos dificultad, pues "Old Bugs", en grado superlativo, personificaba la paté-

tica especie conocida como "vagabundo" o "vagabundo sin salida". Nadie sabía de dónde había venido. Una noche había irrumpido salvajemente en Sheehan's, echando espuma por la boca y pidiendo a gritos whisky y hasheesh; y habiéndoselo suministrado a cambio de la promesa de realizar trabajos esporádicos, había estado merodeando desde entonces, fregando suelos, limpiando escupideras y vasos, y atendiendo cien tareas serviles similares a cambio de la bebida y las drogas necesarias para mantenerse vivo y cuerdo.

Hablaba poco y, por lo general, en la jerga común de los bajos fondos, pero de vez en cuando, cuando una dosis inusualmente generosa de whisky crudo lo enardecía, soltaba una retahíla de polisílabos incomprensibles y retazos de prosa y versos sonoros que hacían suponer a ciertos clientes que había vivido tiempos mejores. Un cliente fijo -un deudor bancario encubierto- venía a conversar con él con bastante regularidad y, por el tono de su discurso, aventuró la opinión de que había sido escritor o profesor en su día. Pero la única pista tangible del pasado del viejo Bugs era una fotografía descolorida que llevaba siempre consigo: la fotografía de una joven de rasgos nobles y hermosos. A veces la sacaba de su andrajoso bolsillo, la desenvolvía cuidadosamente de su cubierta de papel de seda y la contemplaba durante horas con una expresión de inefable tristeza y ternura. No era el retrato de alguien a quien un habitante de los bajos fondos pudiera conocer, sino el de una dama de alcurnia y calidad, ataviada con el pintoresco atuendo de treinta años atrás. El viejo Bugs también parecía pertenecer al pasado, pues su indescriptible vestimenta tenía todos los atributos de la antigüedad. Era un hombre de inmensa estatura, probablemente más de un metro ochenta, aunque sus hombros encorvados a veces desmentían este hecho. Su cabello, de un blanco sucio y que caía a mechones, nunca estaba peinado, y sobre su rostro delgado crecía un rastrojo sarnoso de barba áspera que parecía permanecer siempre erizado -nunca afeitado-, pero nunca lo bastante largo como para formar unos bigotes respetables. Sus rasgos tal vez habían sido nobles en otro tiempo, pero ahora estaban marcados por los horribles efectos de una terrible disipación. En otro tiempo -probablemente en la madurez- había sido evidentemente muy gordo; pero ahora estaba horriblemente flaco, con la carne púrpura colgando en bolsas sueltas bajo sus ojos sombríos y sobre sus mejillas. En conjunto, el viejo Bugs no era agradable de ver.

La disposición del viejo Bugs era tan extraña como su aspecto. De ordinario era fiel al tipo de vagabundo -dispuesto a hacer cualquier cosa por cinco centavos o una dosis de whisky o hasheesh-, pero a intervalos raros mostraba los rasgos que le valieron su nombre. Entonces intentaba enderezarse y un cierto fuego se colaba en sus ojos hundidos. Su porte adquiría una gracia e incluso una dignidad inusitadas, y las empapadas criaturas que le rodeaban percibían algo de superioridad, algo que les hacía estar menos dispuestos a propinar las patadas y los puñetazos habituales al pobre inútil y zángano. En esos momentos mostraba un humor socarrón y hacía comentarios que la gente de Sheehan's consideraba tontos e irracionales. Pero los hechizos pasaban pronto, y una vez más el viejo Bugs reanudaba su eterna limpieza de suelos y escupideras. Si no fuera por una cosa, el viejo Bugs habría sido un esclavo ideal para el establecimiento, y esa cosa era su conducta cuando se presentaba a los jóvenes para tomar su primera copa. El viejo se levantaba del suelo furioso y excitado, murmurando amenazas y advertencias, y tratando de disuadir a los novatos de embarcarse en su curso de "ver la vida tal como es". Chisporroteaba y humeaba, estallando en sesquipedalianas admoniciones y extraños juramentos, y animado por una espantosa seriedad que hizo estremecer a más de una mente aturdida por la droga en la abarrotada sala. Pero al cabo de un rato, su cerebro debilitado por el alcohol se desviaba del tema y, con una sonrisa tonta, volvía a su fregona o trapo de limpieza.

No creo que muchos de los clientes habituales de Sheehan olviden jamás el día en que llegó el joven Alfred Trever. Era más bien un "hallazgo", un joven rico y de gran espíritu que "iría al límite" en cualquier cosa que emprendiera; al menos, ése era el veredicto de Pete Schultz, el "corredor" de Sheehan, que había conocido al muchacho en el Lawrence College, en la pequeña ciudad de Appleton, Wisconsin. Trever era hijo de padres prominentes en Appleton. Su padre, Karl Trever, era un abogado y ciudadano distinguido, mientras que su madre se había labrado una envidiable reputación como poetisa bajo su nombre de soltera, Eleanor Wing. El propio Alfred era un erudito y poeta distinguido, aunque maldito por cierta irresponsabilidad infantil que lo convertía en una presa ideal para el corredor de Sheehan. Era rubio, guapo y mimado; vivaz y deseoso de probar las diversas formas de disipación sobre las que había leído y oído hablar. En Lawrence había destacado en la falsa cofradía de "Tappa Tappa Keg", donde era el más alocado y alegre de los salvajes y alegres jóvenes que se divertían; pero esta inma-

dura frivolidad colegial no le satisfacía. Conocía vicios más profundos a través de los libros, y ahora ansiaba conocerlos de primera mano. Tal vez esta tendencia al desenfreno había sido estimulada en cierta medida por la represión a la que había sido sometido en casa; porque la señora Trever tenía razones particulares para educar a su único hijo con rígida severidad. En su propia juventud había quedado profunda y permanentemente impresionada con el horror a la disipación por el caso de una persona con la que había estado prometida durante un tiempo.

El joven Galpin, el prometido en cuestión, había sido uno de los hijos más notables de Appleton. Distinguido desde niño por su maravillosa mentalidad, ganó gran fama en la Universidad de Wisconsin, y a los veintitrés años regresó a Appleton para ocupar una cátedra en Lawrence y poner un diamante en el dedo de la hija más bella y brillante de Appleton. Durante una temporada todo fue feliz, hasta que, sin previo aviso, estalló la tormenta. Las malas costumbres, que se remontaban a la primera borrachera ingerida años antes en un bosque solitario, se hicieron patentes en el joven profesor; y sólo mediante una precipitada dimisión se libró de una desagradable acusación por atentar contra las costumbres y la moral de los alumnos a su cargo. Roto su compromiso, Galpin se trasladó al este para empezar de nuevo su vida; pero al poco tiempo, los habitantes de Appleton se enteraron de su despido en desgracia de la Universidad de Nueva York, donde había obtenido una cátedra de inglés. Galpin dedicó ahora su tiempo a la biblioteca y a la plataforma de conferencias, preparando volúmenes y discursos sobre diversos temas relacionados con las belles lettres, y mostrando siempre un genio tan notable que parecía como si el público tuviera que perdonarle alguna vez por sus errores pasados. Sus apasionadas conferencias en defensa de Villon, Poe, Verlaine y Oscar Wilde se aplicaron también a sí mismo, y en el corto verano indio de su gloria se habló de un nuevo compromiso en cierta casa culta de Park Avenue. Pero entonces cayó el golpe. Una desgracia final, comparada con las otras, hizo añicos las ilusiones de aquellos que habían llegado a creer en la reforma de Galpin; y el joven abandonó su nombre y desapareció de la vista del público. Los rumores lo asociaban de vez en cuando con un tal "Cónsul Hasting", cuyo trabajo para el teatro y las compañías cinematográficas atraía cierto grado de atención por su amplitud y profundidad académica; pero Hasting desapareció pronto de la escena pública, y Galpin se convirtió sólo en un nombre que los padres podían citar con acentos de advertencia. Eleanor Wing celebró pronto su matrimonio

con Karl Trever, un joven abogado en ascenso, y de su antiguo admirador sólo conservó el recuerdo suficiente para dictar el nombre de su único hijo y la orientación moral de aquel joven apuesto y testarudo. Ahora, a pesar de toda esa orientación, Alfred Trever estaba en Sheehan's y a punto de tomar su primer trago.

"Jefe", gritó Schultz al entrar en la maloliente habitación con su joven víctima, "le presento a mi amigo Al Trever, el mejor deportista de Lawrence, cerca de Appleton, Wisconsin. Su padre es un gran abogado de la corporación en su pueblo, y su madre es un genio ardiente. Él quiere ver la vida como ella es, quiere saber a qué sabe el verdadero jugo del relámpago, así que recuerda que es mi amigo y trátalo bien".

Cuando los nombres de Trever, Lawrence y Appleton sonaron en el aire, los gandules parecieron percibir algo inusual. Tal vez sólo se tratara de algún sonido relacionado con el chasquido de las bolas de las mesas de billar o el traqueteo de los vasos traídos de las crípticas regiones de la parte trasera -quizá sólo eso, además de algún extraño crujido de las sucias cortinas de la única y cochambrosa ventana-, pero muchos pensaron que alguien en la sala había apretado los dientes y exhalado un aliento muy agudo.

"Encantado de conocerte, Sheehan", dijo Trever en un tono tranquilo y educado.

"Ésta es mi primera experiencia en un lugar como éste, pero soy un estudiante de la vida y no quiero perderme ninguna experiencia. Hay poesía en este tipo de cosas, ¿sabe? O quizá no lo sepa, pero da lo mismo.

"Joven", respondió el propietario, "has venido al lugar adecuado para ver la vida. Aquí tenemos de todo: vida de carrete y diversión. El maldito gobierno puede tratar de hacer que la gente sea buena si quiere, pero no puede impedir que alguien se divierta cuando le apetece. ¿Qué quieres, amigo: alcohol, coca u otro tipo de droga? No puedes pedir nada que no tengamos".

Dicen los lugareños que fue entonces cuando notaron que cesaban los golpes regulares y monótonos de la fregona.

"¡Quiero whisky, buen whisky de centeno pasado de moda!", exclamó Trever con entusiasmo. "Te diré que estoy harto de agua después de leer sobre las alegres peleas que los compañeros solían tener en los viejos tiempos.

No puedo leer un Anacreontic sin que se me haga agua la boca, y es algo mucho más fuerte que el agua lo que se me hace agua la boca".

"Anacreóntico... ¿qué demonios es eso?", levantaron la vista varios colgados cuando el joven fue un poco más allá de su profundidad. Pero el moroso encubierto les explicó que Anacreonte era un perro viejo y alegre que vivió hace muchos años y escribió sobre lo bien que se lo pasaba cuando todo el mundo era como el de Sheehan.

"A ver, Trever", continuó el moroso, "¿no dijo Schultz que tu madre también es literata?".

"Sí, maldita sea", replicó Trever, "¡pero nada que ver con la vieja Teian! Es una de esas aburridas y eternas moralistas que intentan quitarle toda la alegría a la vida. Es del tipo de Namby-Pamby, ¿alguna vez has oído hablar de ella? Escribe con su nombre de soltera, Eleanor Wing".

Aquí fue donde el viejo Bugs dejó caer su fregona.

"Bueno, aquí están tus cosas", anunció Sheehan jovialmente mientras una bandeja de botellas y vasos entraba en la habitación. "Buen whisky de centeno añejo, tan ardiente como el que se puede encontrar en Chi".

Los ojos del joven brillaron y sus fosas nasales se curvaron ante los vapores del líquido parduzco que un asistente le estaba sirviendo. Le repugnaba horriblemente, y repugnaba toda su delicadeza heredada; pero su determinación de saborear la vida al máximo permaneció con él, y mantuvo un frente audaz. Pero antes de que su resolución fuera puesta a prueba, ocurrió lo inesperado. El viejo Bugs, levantándose de la posición agachada en la que había estado hasta entonces, saltó hacia el joven y le arrancó de las manos el vaso levantado, atacando casi simultáneamente la bandeja de botellas y vasos con su fregona, y esparciendo el contenido por el suelo en una confusión de líquido odorífero y botellas y vasos rotos. Numerosos hombres, o cosas que habían sido hombres, se tiraron al suelo y empezaron a lamer los charcos de licor derramado, pero la mayoría permaneció inmóvil, observando las acciones sin precedentes del borracho y vagabundo del bar. El viejo Bugs se enderezó ante el atónito Trever, y con voz suave y cultivada dijo: "No hagas esto. Una vez fui como tú y lo hice. Ahora soy así".

"¿Qué quieres decir, maldito viejo loco?", gritó Trever. "¿Qué quieres decir con interferir con un caballero en sus placeres?" Sheehan, recuperándose

ya de su asombro, avanzó y puso una pesada mano sobre el hombro del viejo vagabundo.

"¡Esta es la última vez que te alejas, viejo pájaro!", exclamó furioso. "Cuando un hombre quiera tomar un trago aquí, por Dios que lo hará, sin que tú interfieras. Ahora lárgate de aquí antes de que te dé una paliza".

Pero Sheehan había contado sin conocimientos científicos de psicología anormal y de los efectos del estímulo nervioso. El viejo Bugs, agarrando más firmemente su fregona, empezó a blandirla como la jabalina de un hoplita macedonio, y pronto despejó un espacio considerable a su alrededor, mientras gritaba diversas citas inconexas, entre las que se repetía de forma prominente: ". . . los hijos de Belial, soplados con insolencia y vino".

La sala se convirtió en un pandemónium, y los hombres gritaron y aullaron asustados ante el siniestro ser que habían despertado. Trever parecía aturdido en medio de la confusión, y se arrimó a la pared a medida que la lucha se intensificaba. "¡No beberá! No beberá!" Así rugió el viejo Bugs cuando parecía que se le acababan -o se le acababan- las citas. Unos policías aparecieron en la puerta, atraídos por el ruido, pero durante un rato no hicieron ademán de intervenir. Trever, ahora completamente aterrorizado y curado para siempre de su deseo de ver la vida a través de la ruta del vicio, se acercó a los recién llegados vestidos de azul. Si pudiera escapar y tomar un tren a Appleton, reflexionó, consideraría que su educación en la disipación estaba completa.

Entonces, de repente, el viejo Bugs dejó de blandir su jabalina y se detuvo, erguiéndose más de lo que ningún habitante del lugar le había visto jamás. "¡Ave, César, moriturus te saluto!", gritó, y se dejó caer sobre el suelo que apestaba a whisky, para no levantarse nunca más.

Las impresiones posteriores nunca abandonarán la mente del joven Trever. La imagen es borrosa, pero inerradicable. Los policías se abrieron paso entre la multitud, interrogando a todo el mundo acerca del incidente y de la figura muerta en el suelo. Especialmente a Sheehan lo acribillaron a preguntas, pero sin obtener ninguna información de valor sobre el viejo Bugs. Entonces el moroso se acordó de la foto y sugirió que la vieran y la archivaran para su identificación en la comisaría. Un agente se inclinó de mala gana sobre la repugnante figura de ojos vidriosos y encontró la cartulina envuelta en papel de seda, que hizo circular entre los demás.

"¡Vaya gallina!", espetó un borracho al ver el hermoso rostro, pero los que estaban sobrios no espetaron, sino que miraron con respeto y vergüenza los rasgos delicados y espirituales. Nadie parecía capaz de situar el tema, y todos se extrañaban de que aquel drogadicto degradado tuviera semejante retrato en su poder, es decir, todos menos el moroso del banco, que mientras tanto miraba con inquietud a los intrusos casacas azules. Había visto un poco más allá de la máscara de degradación absoluta del viejo Bugs.

Entonces le pasaron el cuadro a Trever, y el joven experimentó un cambio. Tras el primer sobresalto, volvió a colocar el pañuelo que envolvía el retrato, como para protegerlo de la sordidez del lugar. Luego contempló largamente la figura en el suelo, observando su gran estatura y el aspecto aristocrático de sus facciones, que parecían aparecer ahora que la miserable llama de la vida se había apagado. No, se apresuró a decir cuando le hicieron la pregunta, no conocía el tema del cuadro. Era tan antiguo, añadió, que no cabía esperar que nadie lo reconociera ahora.

Pero Alfred Trever no decía la verdad, como muchos supusieron cuando se ofreció a hacerse cargo del cuerpo y asegurar su entierro en Appleton. Sobre la repisa de la biblioteca de su casa colgaba la réplica exacta de aquel cuadro, y durante toda su vida había conocido y amado su original.

Porque los rasgos suaves y nobles eran los de su propia madre.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB